



Jack London

Los Hombres de
Forty Mile



E LEJANDRIA



Jack London

Los Hombres de
Forty Mile



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LOS HOMBRES DE FORTY MILE

JACK LONDON

PUBLICADO: 1899
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
EDICIÓN ORIGINAL: THE SON OF THE WOLF, 1900

LOS HOMBRES DE FORTY MILE

Cuando el grandullón Jim Belden aventuró la proposición aparentemente inocua de que el hielo blando era «algo peculiar», estaba lejos de imaginar adónde habría de llevarle.

Tampoco Lon McFane, cuando afirmó que el hielo de anclaje lo era aún más; ni Bettles, cuando al instante se mostró en desacuerdo y declaró que la mera existencia de semejante fenómeno era un cuento de miedo.

—Ah, ¿y me lo estás diciendo tú a mí —exclamó Lon—, con los años que llevas en estas tierras? ¡Y hemos comido del mismo puchero tantos días!

—Pero es que la cosa va contra la razón —insistió Bettles—. Mira: el agua es más caliente que el hielo...

—Y poca diferencia hace, una vez que te caes dentro.

—De todas formas es más caliente, porque no está helada. ¿Y dices que se hiela por abajo?

—Solo el hielo de anclaje, David, solo el de anclaje. ¿Y nunca has bajado la corriente, con el agua clara como el cristal, cuando de repente, como si una nube tapara el sol, el hielo blando empieza a subir y a subir hasta que cubre el río de orilla a orilla como una primera nevada?

—¡Bah! Más de una vez, cuando me quedaba traspuesto en el remo de popa. Pero siempre salía por el canal lateral más próximo, no subiendo y subiendo.

—¿Pero sin ni un pestañeo en el timón?

—No; ni tú tampoco. Va contra la razón. ¡Que lo digan ellos!

Bettles apeló al corro reunido en torno a la estufa, pero la pelea era entre él y Lon McFane.

—Con razón o sin ella, es la verdad lo que te cuento. El otoño pasado, hace ya un año, Sitka Charley y yo lo vimos con nuestros propios ojos, bajando el rápido que ya conoces, el que hay más abajo del fuerte Reliance. Y era tiempo típico de otoño: el destello del sol en los alerces dorados y los álamos temblones; el centelleo de la luz en cada rizadura; y más allá, el invierno y la neblina azul del Norte avanzando cogidos de la mano. Bien lo conoces tú: una franja de hielo a orillas del río y el hielo formándose espeso en los remansos, y un chasquido y un chispeo en el aire que se te mete por la sangre y te da nueva vida con cada bocanada. Es entonces, muchacho, cuando el mundo se vuelve pequeño y la sed de caminos te coge por los talones.

—Pero me estoy yendo por las ramas. Como iba diciendo, íbamos remando, sin la menor señal de hielo salvo el de los remansos, cuando el indio levanta el remo y grita: "¡Lon McFane! ¡Mira abajo!" Lo había oído contar, pero nunca pensé que lo vería. Como sabes, Sitka Charley, igual que yo, no había dado su primer aliento en estas tierras, así que el espectáculo era nuevo para los dos. Nos dejamos llevar por la corriente, con la cabeza asomada a cada lado, mirando por el agua chispeante. Como en los días que pasé con los pescadores de perlas, contemplando los bancos de coral creciendo como jardines bajo el mar. Allí estaba, el hielo de anclaje, agarrado y apiñado a cada roca, a la manera del coral blanco.

—Pero lo mejor estaba por llegar. Justo al salir de la cola del rápido, el agua se vuelve de repente del color de la leche, y en su superficie se forman pequeños círculos, como cuando el tímalo pica

en primavera o cuando cae una lluvia fina del cielo. Era el hielo de anclaje que subía. A la derecha, a la izquierda, hasta donde alcanzaba la vista de cualquier hombre, el agua estaba cubierta de él.

—Y era como una papilla espesa, deslizándose contra la corteza de la canoa y pegándose como cola a los remos. He bajado ese mismo rápido muchas veces antes y muchas veces después, pero ni un asomo de aquello he vuelto a ver. Fue el espectáculo de una vida.

—¡No me digas! —comentó Bettles con sequedad—. ¿Crees que me tragaría semejante cuento? Más bien diría que el centelleo de la luz te trastornó los ojos y el mordisco del aire te soltó la lengua.

—Fueron mis propios ojos los que lo vieron, y si Sitka Charley estuviera aquí, él sería quien te lo confirmaría.

—Los hechos son los hechos y no hay quien los rodee. No está en la naturaleza de las cosas que el agua más alejada del aire sea la primera en helarse.

—Pero mis propios ojos...

—No te acalores —le advirtió Bettles, al ver que la rápida cólera celta empezaba a encenderse.

—¿Entonces no me crees?

—Ya que te empeñas en ello, no; me fío más de la naturaleza que de los hechos.

—¿Me estás llamando mentiroso? —amenazó Lon—. Más te valdría preguntárselo a esa mujer siwash tuya. Se lo dejo a ella, que yo digo la verdad.

Bettles estalló en una cólera repentina. El irlandés le había herido sin querer; pues su mujer era la hija mestiza de un comerciante de pieles ruso, casada con él en la misión griega de Nulato, a unos mil kilómetros río abajo por el Yukón, lo que la situaba en una casta muy superior a la de la vulgar esposa siwash, o nativa. Era un matiz

propio del Gran Norte que solo el aventurero norteco puede comprender.

—Me parece que puedes tomártelo así —fue su deliberada respuesta.

Al instante siguiente, Lon McFane le había tendido en el suelo, el corro se había deshecho y media docena de hombres se habían interpuesto entre los dos.

Bettles se puso en pie limpiándose la sangre de la boca.

—No es la primera vez que se dan y reciben golpes, y no vayas a creer que esto no tendrá su ajuste de cuentas.

—Ni en mi vida he tragado una mentira de boca de ningún hombre —fue la cortés réplica—. Y el día que no esté a mano, dispuesto y sin excusas de ningún tipo para ayudarte a saldar tus deudas, que me parta un rayo.

—¿Sigues con ese treinta y ocho-cincuenta y cinco?

Lon asintió.

—Pero será mejor que te procures un calibre más adecuado. El mío te abrirá agujeros del tamaño de nueces.

—No tengas miedo; mis balas saben encontrar el camino con punta blanda y se extenderán como tortitas al salir por el otro lado. ¿Y cuándo tendré el placer de atenderte? El abrevadero es un lugar muy apropiado.

—No está mal. Con que estés allí en una hora, no tendrás que esperar mucho.

Ambos hombres se pusieron los mitones y abandonaron el puesto, con los oídos cerrados a las exhortaciones de sus camaradas. Era una cosa nimia; pero entre tales hombres, las cosas nimias, alimentadas por el genio vivo y las naturalezas obstinadas, florecen pronto en grandes cosas.

Además, el arte de perforar hasta la roca aún estaba en el vientre del porvenir, y los hombres de Forty Mile, encerrados por el largo

invierno ártico, se habían vuelto altivos de tanto comer y de la ociosidad forzada, y se irritaban como las abejas en otoño cuando las colmenas están rebosantes de miel.

No había ley en aquellas tierras. La policía montada era también cosa del porvenir. Cada hombre medía una ofensa y administraba el castigo en la medida en que le afectaba a él.

Pocas veces había sido necesaria la acción conjunta, y jamás en toda la lúgubre historia del campamento se había violado el octavo artículo del Decálogo.

El grandullón Jim Belden convocó una reunión improvisada. Scruff Mackenzie fue nombrado presidente provisional y se despachó un mensajero para solicitar los buenos oficios del padre Roubeau. Su situación era paradójica, y lo sabían. Por el derecho de la fuerza podían intervenir para impedir el duelo; sin embargo, semejante acción, aunque en línea directa con sus deseos, iba en contra de sus convicciones. Aunque su ética tosca y anticuada reconocía la prerrogativa individual de responder a un golpe con otro golpe, no podían soportar la idea de que dos buenos camaradas como Bettles y McFane se encontraran en combate a muerte. Teniendo por cobarde al hombre que no pelea cuando se le provoca, cuando llegaba el momento les parecía mal que peleara.

Pero un estruendo de mocasines y fuertes gritos, rematados por un disparo, interrumpió la discusión. Se abrieron las contraventanas de la tormenta y entró Malemute Kid, con un Colt humeante en la mano y un destello alegre en los ojos.

—Lo pillé.

Encajó la recámara vacía y añadió:

—Tu perro, Scruff.

—¿Yellow Fang? —preguntó Mackenzie.

—No; el del orejotas.

—¡Demonios! No le pasaba nada.

—Sal a echar un vistazo.

—Bueno, después de todo, supongo que también lo habrá agarrado. Yellow Fang volvió esta mañana y le arrancó un pedazo, y casi me deja viudo. Arremetió contra Zarinska, pero ella le plantó las faldas en la cara y escapó perdiendo solo eso y dando una buena vuelta por la nieve. Luego se volvió al bosque. Espero que no regrese. ¿Has perdido alguno tú?

—Uno: el mejor de la jauría, Shookum. Se volvió loco esta mañana, pero no llegó muy lejos. Se cruzó con el equipo de Sitka Charley y lo dejaron esparcido por toda la calle. Y ahora dos de ellos andan sueltos y rabiosos, así que el trabajo está hecho. El censo de perros será escaso en primavera si no hacemos algo.

—Y el de hombres también.

—¿Cómo es eso? ¿Quién está en apuros ahora?

—Ah, Bettles y Lon McFane tuvieron una discusión y en unos minutos estarán en el abrevadero para zanjarla.

Le refirieron el incidente, y Malemute Kid, acostumbrado a una obediencia que sus congéneres nunca dejaban de prestarle, tomó las riendas del asunto. Les expuso el plan que había formulado en el acto y ellos prometieron seguir su dirección sin reservas.

—Así que veis —concluyó— que no les privamos realmente de su derecho a pelear; y sin embargo no creo que peleen cuando vean la belleza del plan. La vida es un juego y los hombres son los jugadores. Lo apostarán todo a la única oportunidad en mil.

—Quitadles esa única oportunidad, y... no jugarán.

Se volvió hacia el encargado del puesto.

—Almacenero, pésame tres brazas de tu mejor manila de media pulgada.

—Estableceremos un precedente que durará a los hombres de Forty Mile hasta el fin de los tiempos —profetizó.

Luego enrolló la cuerda en torno al brazo y condujo a sus seguidores hacia el exterior, justo a tiempo de dar con los protagonistas.

—¿Qué maldito derecho tenía de meterme a la mujer? —tronó Bettles ante los apaciguadores intentos de un amigo—. No había por qué —concluyó con decisión—. No había por qué —repitió una y otra vez, paseando arriba y abajo mientras esperaba a Lon McFane.

Y Lon McFane, con la cara ardiendo y la lengua rápida, desafiaba a la Iglesia abiertamente.

—Pues bien, padre —exclamó—, con el corazón bien tranquilo me envuelvo en mis mantas llameantes, con toda la espalda sobre un lecho de brasas. ¡Que nunca se diga que Lon McFane se tragó una mentira sin levantar la mano! Y no pido bendición. Los años han sido turbulentos, pero el corazón estuvo en su sitio.

—Pero no es el corazón, Lon —intervino el padre Roubeau—; es el orgullo lo que te lleva a matar a tu prójimo.

—Sois francés —respondió Lon.

Y volviéndose para alejarse de él:

—¿Y me dirá una misa si la suerte me es adversa?

Pero el sacerdote sonrió, adelantó los pies calzados con mocasines y salió al blanco pecho del río silencioso. Una pista apisonada, del ancho de un trineo de cuarenta centímetros, llegaba hasta el abrevadero. A ambos lados se extendía la nieve profunda y blanda. Los hombres marchaban en fila india, sin hablar; y el sacerdote vestido de negro en medio de ellos daba a la comitiva el solemne aspecto de un entierro. Era un día de invierno templado para Forty Mile, uno de esos días en que el cielo, cargado de pesadumbre, se acerca a la tierra y el mercurio busca el insólito nivel de veinte bajo cero. Pero no había alegría en aquella tibieza. El aire escaseaba en las capas altas y las nubes colgaban inmóviles, prometiendo con hosquedad una nevada inminente. Y la tierra, sin responder, no hacía ningún preparativo, satisfecha en su hibernación.

Al llegar al abrevadero, Bettles, que evidentemente había repasado la disputa durante el silencioso camino, prorrumpió en un definitivo «no había por qué», mientras Lon McFane guardaba hosco silencio. La indignación le ahogaba la voz.

Sin embargo, en lo hondo, cuando sus propios agravios no ocupaban el primer plano, ambos hombres se asombraban de sus camaradas. Habían esperado oposición, y aquella tácita aquiescencia les dolía. Les parecía que merecían más de los hombres con quienes tanto habían compartido, y sentían una vaga sensación de ofensa, rebelándose ante la idea de que tantos hermanos suyos hubieran salido, como a una fiesta, sin una sola palabra de protesta, a verles dispararse mutuamente. Parecía que su valía había disminuido a los ojos de la comunidad. Los preparativos les desconcertaban.

—Espalda con espalda, David. ¿Y serán cincuenta pasos por hombre, o el doble?

—Cincuenta —fue la sanguinaria respuesta, gruñida pero cortante.

Pero la nueva cuerda de manila, no exhibida ostentosamente sino enrollada con naturalidad en el brazo de Malemute Kid, llamó la rápida mirada del irlandés y le estremeció con un temor suspicaz.

—¿Y para qué llevas la cuerda?

—¡Daos prisa! —Malemute Kid miró su reloj—. Tengo un pan en el horno y no quiero que se hunda. Además, se me están enfriando los pies.

El resto de los hombres manifestó su impaciencia de diversas maneras elocuentes.

—Pero la cuerda, Kid... Es nueva, flamante, y tu pan no pesará tanto que necesite levaduras tan gruesas.

Bettles se había dado la vuelta ya. El padre Roubeau, al que el humor de la situación acababa de amanecer, ocultó una sonrisa detrás del mitón.

—No, Lon; esta cuerda está hecha para un hombre.

Malemute Kid podía ser muy impresionante en ciertas ocasiones.

—¿Para qué hombre? —Bettles empezaba a tomar conciencia de un interés personal.

—Para el otro.

—¿Y cuál es el que piensas que es ese?

—Escuchad, Lon, y tú también, Bettles. Hemos estado hablando de este pequeño asunto vuestro y hemos llegado a una conclusión. Sabemos que no tenemos ningún derecho a impedirlos que peleéis...

—Bien dicho, muchacho.

—Y no vamos a hacerlo. Pero esto sí podemos hacer, y lo haremos: convertir esto en el único duelo de la historia de Forty Mile, dar un ejemplo a cada cheechaqua que suba o baje el Yukón. El hombre que salga sin matar será ahorcado en el árbol más próximo. Adelante, pues.

Lon sonrió dubitativamente; luego su cara se iluminó.

—Márcalos, David: cincuenta pasos, media vuelta y sin dejar de disparar hasta que alguno caiga del todo. Son sus corazones los que no les dejarán cometer la hazaña, y bien sabéis que esto no es más que un farol yanqui.

Se alejó con una sonrisa satisfecha en el rostro, pero Malemute Kid le detuvo.

—¡Lon! ¿Hace mucho tiempo que me conoces?

—Muchos días.

—¿Y tú, Bettles?

—Cinco años en la próxima crecida de junio.

—¿Y habéis sabido alguna vez, en todo ese tiempo, que incumpliera mi palabra? ¿O habéis oído que la incumplí?

Ambos hombres negaron con la cabeza, tratando de adivinar lo que había detrás.

—Pues bien, ¿qué pensáis de una promesa que yo haga?

—Vale tanto como tu firma —dijo Bettles.

—Lo suficiente para colgar de ella las esperanzas del cielo — corroboró sin vacilar Lon McFane.

—¡Escuchad! Yo, Malemute Kid, os doy mi palabra, y ya sabéis lo que eso significa, de que el hombre que no reciba un disparo estirará la cuerda diez minutos después del tiroteo.

Se retiró un paso como habría podido hacerlo Pilatos después de lavarse las manos.

Una pausa y un silencio se apoderaron de los hombres de Forty Mile. El cielo se acercó aún más, dejando caer una lluvia cristalina de escarcha: pequeños diseños geométricos, perfectos, evanescentes como un aliento, pero destinados a existir hasta que el sol que regresara hubiera recorrido la mitad de su camino hacia el norte.

Ambos hombres habían encabezado en su tiempo cargas desesperadas, al frente con una maldición o una broma en los labios y en el alma una fe inquebrantable en el Dios del Azar. Pero aquella divinidad misericordiosa había quedado excluida de la partida presente. Estudiaron el rostro de Malemute Kid como quien estudia la Esfinge. A medida que transcurrían los silenciosos minutos, comenzaron a sentir que les incumbía decir algo. Por fin el aullido de un perro lobo rompió el silencio desde la dirección de Forty Mile. Aquel sonido extraño se elevó con todo el patetismo de un corazón que se rompe y murió luego en un largo sollozo apagado.

—¡Maldita sea! —Bettles se subió el cuello de la chaqueta de mackinaw y miró a su alrededor sin saber qué hacer.

—Es un juego glorioso el que estás montando, Kid —exclamó Lon McFane—. Toda la ventaja para la banca y nada para el que apuesta. Ni el mismísimo Diablo aceptaría semejante mano, y yo tampoco, ¡maldita sea.

Se oyeron risas ahogadas en gargantas borboteantes y guiños que la escarcha que cubría las pestañas dificultaba, mientras los hombres

subían por la orilla cortada en el hielo y cruzaban la calle hacia el puesto. Pero el largo aullido se había acercado, cargado de una nueva nota de amenaza. Una mujer gritó a la vuelta de la esquina. Se oyó un: «¡Ahí viene!» Y entonces un muchacho indio, con media docena de perros aterrorizados delante y corriendo con la muerte detrás, se precipitó entre la multitud. Y tras él apareció Yellow Fang, un erizo de pelo y un destello gris. Todos huyeron salvo el yanqui.

El muchacho indio había tropezado y caído. Bettles se detuvo el tiempo justo para agarrarle por la piel holgada del abrigo de pieles, y luego se dirigió hacia una pila de leña que ya ocupaban varios de sus camaradas. Yellow Fang, dando media vuelta tras uno de los perros, volvió de un salto. El animal que huía, libre de la rabia pero enloquecido de terror, arrolló a Bettles y pasó a todo correr calle arriba. Malemute Kid hizo un disparo al vuelo contra Yellow Fang. El perro rabioso describió un medio giro en el aire, cayó de espaldas y, de un solo salto, cubrió la mitad de la distancia que le separaba de Bettles.

Pero el salto fatal fue interceptado. Lon McFane saltó de la pila de leña y le cortó el paso en pleno aire. Rodaron los dos, con Lon sujetándole por el cuello a brazo extendido, parpadeando bajo la baba fétida que le salpicaba la cara. Entonces Bettles, revólver en mano y esperando fríamente el momento oportuno, zanjó el combate.

—Fue una partida limpia, Kid —observó Lon, levantándose y sacudiéndose la nieve de las mangas—: con un porcentaje justo para mí, que la jugué.

Aquella noche, mientras Lon McFane buscaba los brazos perdonadores de la Iglesia en dirección a la cabaña del padre Roubeau, Malemute Kid habló largo tiempo sin llegar a nada concreto.

—Pero ¿habrías...? —insistió Mackenzie—. Supongamos que hubieran peleado.

—¿He incumplido alguna vez mi palabra?

—No; pero eso no es lo que importa. Contesta la pregunta. ¿Lo habrías hecho?

Malemute Kid se irguió.

—Scruff, me he estado haciendo esa misma pregunta desde entonces, y...

—¿Y?

—Pues bien, hasta ahora no he encontrado la respuesta.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB